

EL MITO (EN ARGUMENTO CULTURAL)

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

A Ana Ceamanos Lavilla

¿Tiene sentido hoy hablar del mito? ¿Nos lo permiten los extraordinarios e innegables avances técnico-científicos? Creo que sí por varias y muy densas razones. Primero porque pertenece al pasado más remoto y original, porque es tan antiguo como el lenguaje, lo que le confiere un valor único como temprana creación del espíritu; es además la Carta Magna del origen de todas las grandes civilizaciones, de las índicas, asiáticas, mesopotámicas, semíticas, griegas y romanas. Segundo porque pertenece y vibra en energía en el mismísimo presente literario: Freud, Kafka, Joyce, Borges T. Mann, Yeast, I. Calvino, Girodoux, P. Valery, Anouil, Rilke, T.S. Eliot, Sartre etc., algo en sí ya sobrecogedor, y esto sin citar a luminarias como Sófocles, Esquilo, Chaucer, Dante, Cervantes, Shakespeare, Tolstoy y Wagner; todos ellos son grandes mitólogos que dinamizan los mitos en los dilemas, conflictos e inquietantes voces sin respuesta de la sociedad actual. Es además una imparable tendencia del espíritu que está penetrando y metamorfoseando cada vez más la conceptualización científica de la ciencia con la libertad simbólica y alegórica del mito. La preeminencia de la razón y de la ciencia flota también en ideología, en mito.

Tercero: porque el mito es un universal cultural objetivado y dramatizado por grandes figuras míticas que proclaman verdades culturales de interés intrínseco relevantes hoy sobre identidad, libertad, justicia, tolerancia y derechos y obligaciones y, no menos importante, porque revelan estructuras profundas del predicamento humano sobre aporías, primeridades y ultimidades transcendentales, irreducibles a *logos*. Los isomitos o procesos imaginativos constantes, responden a preguntas por qué ante el silencio aterrador del universo. El mito

* Sesión del día 4 de abril de 2017.

es algo muy serio. Cuarto: esas constelaciones míticas nos han enseñado desde hace milenios algo que la ciencia comienza a reconocer ahora: el valor intrínseco de la complejidad de lo humano y la dignidad de la incertidumbre, esto es, que la mismísima ciencia es un campo abierto a la interacción de los códigos hermenéuticos, simbólicos, culturales, proairéticos y endoxales. Paso a substanciar, en argumento antropológico, algunos de estos extremos o figuras de pensamiento.

I

Μυθος y λογος. El acentuado espacio semántico del mito no sufre definición porque carece de contenido nuclear y porque su arco referencial es excesivo y contradictorio. Palencia lo precisa en su *Vocabulario universal* de 1490 como *fábula* de muchos linajes o diferencias mientras que en Antropología prima, por otro lado, su articulación como estilo de pensamiento primordial que responde a momentos mayores de la vida como son las primeridades y ultimidades humanas. Tomo aquí el concepto como una narración categórica ancha, amplia que incluye en su ámbito a *exemplars*, imágenes sintéticas, tipos ideales, paradigmas, figuras y caracteres persistentes y metáforas universales culturales que están en lugar de algo otro (la frontera, el límite, el Otro, el peregrino, el extraño, el guerrero, el pícaro, la celestina etc.). Ciencia y mito han sido y son presentados como campos de gravedad con atracción polar: la ciencia es una aproximación, visión y enfoque mental del mundo generalizante, racional y abstracta, monocausal y cuantitativa, basada en observación y experimento, enriquecida por inferencia, abducción y deducción. El mito enfoca con su lente de aumento otro orden de existencia: la cultura en acción, es decir, momentos de humanidad en proliferación de muchas y diferentes voces que interpretan en diferentes tiempos y espacios ideas e intenciones transcendentales, deseos, valores y creencias vitales, imaginaciones y fantasías que vibran con lo simbólico e irracional, con el límite y con el misterio, lo que le permite ofrecer una estructura coherente y totalizante. Los nacionalistas lo saben.

Hay dos modos o universos de existencia específicos con dos ontologías diferentes: un *ordo rerum*, el de la naturaleza, el mundo del objeto y de la realidad física, predecible y explicable en parte bajo el control de nuestra experiencia; lo presiden la tecnología y la ciencia. Existe otro ámbito con régimen de existencia y conocimiento diferenciados poblado por elaboraciones mentales y creaciones del espíritu e ideaciones humanas imaginativas múltiples que alcanzan su específica realidad, su ontología o nuevo ser al ser pensadas y ser dichas, al ser narradas o actuadas o al ser transfiguradas en otro régimen (en arte, drama, pintura, escultura, ópera) y adquirir el realismo del espíritu. Estoy hablando del mito, de un universo de discurso que versa sobre objetos y personas con el status de existencia porque tiene propiedades modales (es posible), propiedades

intencionales (es creencia y pensamiento) y con referencias existenciales y simbólicas. El primer modo de determinación mencionado es empírico y generalizante, científico, con formas *a priori*; el segundo versa sobre deseos del espíritu, impulsos, pulsiones y cuidados del corazón en el que imperan las aporías humanas y por tanto el discurso aporético, el horizonte vital humano, horizonte inadecuado para la ciencia. La cultura del Bien y del Mal o cuestiones eternas como la inseguridad, el sufrimiento y la muerte, los encuentros con la enfermedad y la locura, el persistente silencio del cosmos y el dolor del espíritu ante dilemas humanos como el azar caen fuera del imperio del por qué. No es de extrañar la general evasión humana en tiempo, espacio y cultura a lenguajes constitutivos, a enunciados de realidad alegórica prometedora y verdad moral necesaria, esto es, a la temática de lo posible y deseable con fuerza referencial que es el mito que además viene cargado de flores del espíritu y de perfume de transcendencia.

El mito, para nosotros el griego porque lo conocemos más y mejor, privilegia también en sus mensajes otra muy importante dimensión constitutiva del humano predicamento: apunto a la primacía del impulso, de la emoción y de la pasión, del sentimiento y de la pulsión, a cómo el miedo, el azar y la irracionalidad, formas universales y primordiales de la experiencia, organizan y conforman en toda humana sociedad y cultura aspectos importantes de la vida y de la difícil convivencia, a cómo la humana naturaleza intrínsecamente no racional, con frecuencia ilógica e instintiva, dirige en buena medida nuestro comportamiento, pensamiento y acción. El mito es un decálogo de gestos elementales que escenifican caracteres primarios —Hamlet, Don Juan, Fausto, Sancho, Prometeo, Sísifo, Ajax, Antígona, Clintemnestra, Elena, el hidalgo— que nos dan respuestas variadas dramatizando unos como Apolo aspectos nobles del humano vivir sobre lo justo, la medida y el término medio, el equilibrio deseable y la balanza en la acción y en la relación con los dioses por un lado, y otros como Ulises y Aquiles que presentan en su crudeza destructiva violentas emociones como la *hubris*, el insaciable orgullo avasallador, la extrema arrogancia personal, los excesos del honor que terminan como toda guerra en devastación y catástrofe, como testimonia la pavorosa escena de los perros devorando cadáveres por las calles de Troya. Otra fuerza universal primitiva cristaliza en Dionisos, en Eros, en los misterios de otra energía como es el amor con sus múltiples caras y formas en las metamorfosis de Ovidio, la sensorialidad, el éxtasis, la sexualidad y el placer. El impulso dionisiaco sigue vigente hoy como ayer en el ansia sin límites del placer por medio de la fiesta, la danza y la orgía, en la libertad sexual total, en el culto al exceso en el placer sexual, en el frenesí de las drogas, en la catarsis.

Medea, Edipo, Orfeo, Electra, Prometeo, Ajax, mitos que se originan en los pliegues más íntimos del ser vuelven con añadidas asociaciones y ecos y resonancias muy actuales a los teatros de Europa, España incluida. Representan imágenes de la vida, espejan nuestra condición moral y dramatizan plurales lati-

dos de nuestro ser ayer y hoy. Su poder trágico permanente fuerza además una lectura antropológica. Prometeo, por ejemplo nos invita a pensar en el hombre primitivo, en los orígenes de la civilización y también en sus inconvenientes al traer el fuego a la tierra, la cultura, las artes, las ciencias y los medios para sobrevivir. Símbolo a la vez de la rebeldía hace del hombre un creador —como vio Pico de la Mirandola— que desafía al poder de los dioses y afronta el terrible castigo conocido. Medea por su parte sufre y demuestra el maltrato de la mujer y su pavorosa venganza. Casa con Jason, viven en familiar armonía con sus hijos hasta que su marido decide un día dejarla y casarse con la princesa de Corinto mujer más joven que Medea. Esta se sumerge en una difícil batalla mental entre su maltrecho honor y el amor por sus hijos pero decide vengarse de su marido asesinando a la princesa y a sus propios hijos para privar a Jason de los tres en su ancianidad. Nada nuevo la actual opresión de la mujer; Eurípides logró que el público de su tiempo se inclinara en favor de Medea y la aplaudiera. Y así podría seguir trayendo a las tablas a Fedra, Hécuba y Elena en su faceta de pisoteadas por los hombres. El Ajax de Sófocles cuando nos describe las cicatrices que dejó la guerra de Troya en los soldados griegos que vuelven a su casa y familia porque son incapaces de llevar vida civil, no solo provee de un programa aleccionador para el que sufre sino que nos hace pensar en los veteranos de la guerra del Vietnam que cada día se suicidan hoy en Estados Unidos por su descenso a los infiernos de la perturbación mental y de la locura. La claridad del mito patentiza que la destrucción de la guerra es total, universal y permanente, de ayer y de hoy, milenaria, eterna. Hace pensar.

Antígona, otra figura mítica universal, huésped veraniego de Mérida, encara frontalmente otro dilema actual: el conflicto entre el primario impulso individual familiar y la necesaria conformidad social, la tensión a gran escala entre la lealtad al imperativo íntimo del obligatorio doméstico ritual y la obediencia a la ley común. Antígona tiene dos hermanos Eteocles y Polinices que mueren en batalla. Creon organiza un elaborado funeral para enterrar con honores a Eteocles pero lo prohíbe para Polinices y lo condena a no ser enterrado por traidor. Antígona movida por el amor fraternal y convencida de la injusticia entierra secretamente a su hermano. Creón ordena ajusticiarla y ella se suicida. Hermón, su amante, hijo de Creón, se suicida también en versión de Sófocles que sigue emocionando y haciendo pensar hoy. Antígona antepone su deber íntimo, personal, familiar y ritual, su conciencia individual moral a su obligación como ciudadana, a las normas colectivas y leyes de la comunidad. Prioriza lo más íntimo de su interior, su decisión altamente personal, su muy poderosa experiencia interna, la *Gemeinschaft* de la emoción y del sentimiento que se puede incrustar *ad libitum* en el reducido núcleo familiar, en el bando, en la secta, en el *brexiteo*, en el partido con sus consecuencias extremas que todos conocemos y vivimos hoy, frente a la *Gesellschaft* del más amplio mundo cívico, frente al código semántico de la ley generalizante y englobante que también tiene sus problemas.

II

Efectivamente la plurivalencia simbólica del mito hace que nada esté en singularidad rígida, o del lado de satán o del lado de los ángeles, porque el mito resalta no solo las cualidades peores sino también las mejores de la humanidad. La hubris de Ulises, por ejemplo, se convierte en perlas de sensibilidad y ternura para con su paciente esposa que fiel teje y desteje, y se transforma en fina hospitalidad y delicada amistad y cortesía con un círculo de personas de vuelta en casa. Otra constante vertiente muestra a la narración mítica como favoreciendo un complejo principio de orden coordinando y sujetando lo irracional, el desorden, lo irregular, el instinto, el sinsentido, el azar, proponiendo lo que debería ser pero que no es, magnitudes humanas y verdades culturales que incitan a encontrar equilibrio y reconciliar instinto y razón, todo lo cual nos aconseja a su vez a no vivir en términos absolutos, irracionales e intransigentes, a aceptar compromisos y temperar la energía del impulso personal. Y no hay principio único organizador porque tenemos que enfrentarnos a problemas y situaciones recurrentes sobre los que no tenemos control, a dilemas éticos complejos y multifactoriales y a graves dificultades de moralidad desde hechos, situaciones, casos y esquemas como somos y podemos aquí y ahora, desde el realismo de la vida que vivimos en concreto y porque aunque queramos ser rigurosos las herramientas conceptuales que tenemos son inadecuadas. Y obviamente porque las aporías a las que he aludido antes son tan tercamente irreducibles como conceptualmente inalcanzables y no se reducen a argumentos de causa-efecto.

Por otra parte, la libérrima e imparable actividad simbólica del espíritu como pensar pensamientos imposibles, recorrer senderos plurales y contradictorios, operar en universalidad, diversidad e indeterminación, evadirnos a lo absoluto y buscar soluciones finales y pretender alcanzar el misterio inefable y la transcendencia, es parte de lo que somos como prueba el inmenso volumen de literatura, arte y novela mundial escrita y realizado por exponentes cumbre de la mente creadora y mitificadora. Lo que el mito nos ofrece es lo que puede ofrecer: jardines, jarrones de flores, perfumes, bálsamos y sahumerios en incesante y nueva elaboración que nos ayuden a tomar la vida tal como es en cada momento con sus normas, frustraciones, reveses, significados y valores.

III

He distinguido antes, en $\nu\theta\omicron\sigma$ y $\lambda\omicron\gamma\omicron\zeta$, dos estilos de pensamiento que requieren especial método y técnica y lo requieren para responder a qué queremos saber y qué podemos conocer. ¿Cuáles son nuestras posibilidades y pretensiones? ¿Qué y cómo conocemos? Todo un panorama cognitivo, que resumo en unas líneas, en cuanto a lo que aquí interesa. El universo científico en su rigurosa forma ideal quiere conocer el mundo y la naturaleza, explicar la realidad y

conocer al hombre por medio del discurso, la abstracción y la generalización, la razón razonante, la relación, el argumento y la regularidad; unifica, predice y explica. Como es un universo conocido no quiero insistir pero sí quiero indicar que ya en su pretensión y enfoque encontramos la razón de ser del otro universo: la *terra firma* del mito y su ontología porque para comenzar la ciencia está bajo control de nuestra experiencia; quiero decir que para formular conceptos nos basamos y partimos de experiencias personales primarias, concretamente del oído, de la vista, del tacto, del gusto y del olfato, de nuestros órganos, de nuestro cuerpo tal como es, que podría haber sido otra su naturaleza aprehensiva y que por su constitución canaliza y *limita* lo que podemos aprehender; pero además, y simultáneamente, dependemos de la bioquímica de nuestro cerebro y del sistema nervioso que transforman nuestras percepciones, la realidad que aprehendemos —que no sabemos qué es— en procesos creativos, en ideas, deseos, aspiraciones y valores, correlatos de nuestra vida y espejos de nuestro mundo mental. Humanizamos todo de vario modo y manera porque la ciencia opera bajo control de nuestra experiencia y de nuestro espíritu, no explica qué es la realidad *per se*, ignora qué es la vida, el Big Bang, el arte, la belleza, la moral o la aspiración a la transcendencia, la predisposición a creer que nos lleva mucho más allá de lo empíricamente dado y a apreciar el valor de la incertidumbre etc. pues la lista es larga. Hay amplio campo para las elaboraciones *ad hoc* del mito.

Hay un insuperable conflicto inicial entre ciencia y mito sin duda, pero sin duda también, estos dos modelos esquemáticos requieren un análisis calidoscópico, sináptico que expone su potencialidad expansiva, conectiva y multidimensional: la ciencia se mitifica y el mito es a la vez ficción y realidad tanto fáctica como simbólica. Nos convencen como reales los *exemplars* específicos (geográficos, históricos, sociales, caracterológicos y situacionales) como los siervos de Turgenev, los médicos y profesores de Chekhov, los burócratas de Gogol, los locos de Poe, las prostitutas de Maupassant y los adolescentes de Salinger, sin olvidar al pícaro, a la celestina, al guerrillero, al conquistador etc. que tienen un cierto rasgo de verdad cultural general inevitable. Lo sabemos ¿Qué quiero decir? Que hay varias formas, figuras y expresiones de realidad, que la ciencia es una serie evolutiva de procesos creativos imparables y que el mito es el lenguaje de correlatos de nuestras formas de ser y de analogías de nuestros mayores tramos de existencia. Quiero decir también que podemos tratar de conformar el monoteísmo de la razón con el politeísmo del mito, aceptar compromisos entre razón y razonabilidad, el rigor de la primera con la verosimilitud de la segunda, valiéndonos de argumentos etnográficamente experimentados, substantivos, concretos, argumentos que ante dudas razonables nos ofrecen la pre-sunción mejor, pero abiertos siempre a toda razonable interpretación. La creencia puede ser irracional pero sin estar necesariamente al margen de la razonabilidad. Entendemos desde nuestra humana situación, desde el mundo en que vivimos aquí y ahora adecuando mundo y hombre con las categorías conceptuales que tenemos y siempre desde el realismo de la vida que vivimos y de los dilemas que conlleva pero que nos acerca a lo que humanamente es.

La “verdad” de un mito, por otra parte, no deriva, he escrito, del mundo natural fáctico (del realismo geográfico, histórico, personal, local, situacional) que puede tener y con frecuencia tiene, ni de su reflexión como obra de arte con mensaje, que es importante, ni reside en la analiticidad de proposiciones particulares concretas; aguanta con facilidad errores y fantasías porque no va con esa objetividad fáctica pues todo puede ser figuración irreal imaginativa pero vehicular una profunda alegoría a nivel moral, librar isomorfismos entre el mundo real y el mítico y deslizar mensajes simbólicos con valor referencial y enunciados trascendentes. Los griegos nos han legado excelentes piezas maestras para aproximarnos al conocimiento de las emociones, pasiones y motivaciones del corazón humano y esto sin conocer la estructura del cerebro, los procesos neuronales, la fisiología pertinente ni los procesos cognitivos que hoy conocemos. Las magnas figuras míticas hispanas de los Siglos de Oro requieren iluminación antropológica para que desplieguen penetraciones humanas aun latentes.

IV

Hace 2474 años se estrenó en Atenas la Orestíada que junto con el triple mito de *Prometeo*, que se refiere a tiempos más antiguos, sirven a Esquilo de base para recrear, con penetración inusitada y encantadora belleza lírica, una antigua tradición folk sobre la naturaleza de los dioses y su relación con los hombres y explorar a la vez verdades humanas permanentes de la humana situación. El dios menor Prometeo ante el lamentable estado de la humanidad sufriente que vive gobernada por instintos inciviles en un mundo trágico que ni siquiera entiende, mundo amoral, sin justicia, en sufrimiento, dolor y muerte, se rebela contra Zeus porque el hombre no tiene ni fuego. ¿Cómo justificar los caminos de Zeus? Impotente el hombre se rebela también, se piensa inocente de ese terrible e innecesario estado de cosas y exige imperiosamente respuesta que el todopoderoso poder en el Olimpo no contesta. Podía haber elegido otro modo de regir la naturaleza, el mundo y los hombres pero todo es error cósmico, crimen, y muerte. ¿Qué pensar? ¿Qué hacer? Zeus, escribe Esquilo, toma conciencia del humano predicamento al vivir en el tiempo, ve que está sujeto a momentos generosos y malevolentes que no entienden los humanos pero también ve que el hombre puede razonar, pensar y aprender del sufrimiento y de la experiencia para cambiar el modo de regir el mundo porque es perfectible, inteligente y espiritual y tiene poder para ir más allá de su limitada sabiduría. La fuerza argumental y la belleza difícilmente superable de la obra son innegables, Esquilo era hombre de ideas y sabía de experiencia de vida.

Unos siglos más tarde, según estimaciones, aparece el libro bíblico de Job en el Antiguo Testamento; según esta narrativa Job hombre bueno e inocente, justo y religioso sufre inmerecidamente en su persona y bienes mientras los malvados medran, no lo entiende; es más, no tolera que sus amigos le sugie-

ran que sufre por sus pecados; se rebela también porque cree que está sometido a castigo injustamente. Su conversación con Yahveh no resuelve el problema, piensa que los caminos de Dios con el hombre son misteriosos e inescrutables. Problema eterno el sufrimiento del inocente al que Esquilo hace tema de la conciencia humana: ¿qué gobierna el mundo el azar o la ley? ¿Está Zeus por encima de la ley? Preguntas intemporales y respuestas con bravura pero equívocas e inciertas, como corresponde al mito. Diferente es el enfoque del Bosco, pero frente al mismo y eterno problema, como podemos ver en un panel del Prado. Parte de que el Mal está ya presente en la mismísima creación cuando el Señor declaró que todo era bueno. En el *Jardín del Edén* los animales hacen lo que según naturaleza tienen que hacer, devorar presas, comerse o atacar a otros animales o personas. La escena recuerda a la vez la tradición del *felix culpa* cristiano en la manzana de Adán porque el pecado trajo la redención del hombre por Jesucristo, el Hijo de Dios, en su inmensa bondad.

También la escultura, la música, la pintura, la ópera, la literatura, la religión, la poesía y la filosofía han dedicado extraordinaria reflexión, cada una desde su particular especificidad, al hombre Job de las culturas que habla al Dios de las religiones. ¿Qué es el hombre? ¿Por qué sufre el justo? Es la interminable pregunta que también se hace el cine en *El árbol de la vida* de 2011, película dirigida por Terence Malick. Se trata de un alegórico mitema con preguntas sin respuesta sobre la relación del hombre con Dios, con el cosmos y con la naturaleza a la vez que una meditación sin sentido final sobre el enigma de la vida, sobre el secreto del Bien y del Mal y sobre la dificultad de la convivencia que no lleva a ninguna parte porque el pretendido diálogo no tiene respuesta. Y sin embargo se formulan preguntas existenciales nada despreciables, radicalmente pertinentes, preguntas sobre límites, eternamente persistentes e iterativas que no responden los espacios infinitos, con belleza inusitada, que muestra la cámara ni la majestuosa evolución geológica del Universo orquestada por Bach y Brahms; esfuerzo gigantesco en conexión y metáfora que continúa en pantalla.

Pero no quiero terminar este breve *excursus* en negativo a pesar de mi duda sobre la posibilidad de una teoría científica sobre el Mal por lo dicho antes sobre la ontología del concepto. La existencia del conjunto Bien-Mal es condición *sine qua non* de la libertad humana como todos sabemos y si no sabemos definir con rigor y teóricamente qué es el Mal y menos el Bien porque para definir no basta la experiencia ni el pragmatismo, simplemente no podemos comprender el exceso de esa categoría, su infinitud y transcendencia. Auschwitz, el Gulag, Mao, Cambodia, Ruanda, Bosnia, los derechos humanos etc. son interrogaciones que hacen visible el Mal. En los funerales por los muertos del seísmo de agosto en Amatrice dijo el obispo de Ascoli Piceno Giovanni D'Ercole: "He preguntado a Dios ¿Y ahora qué hacemos?". Y antes una monja francesa dijo ante la matanza de Bosnia-Herzegovina: "*Dieu n'est pas là*". ¿Qué responder? Hay mucho también que está en manos de los hombres.

He pergeñado al mito como repuesta, como una teodicea en viaje sin fin, voceando el mismo mensaje y motivo, repetido por siglos y milenios, a través de lugares, geografías, climas, continentes, lenguas, razas, culturas, religiones y civilizaciones, la sola fuerza de la idea iluminando siempre con esfuerzo perenne —*aere perennis*¹—, sin fin, en discurso profundo, rico, sutil pero ambiguo, la misma verdad cultural, la misma verdad humana, la verdad del mito, la verdad del espíritu, la verdad del pasado, del presente y del provenir, capital cultural que trasciende el momento contingente de su producción, que logra autonomía de la sociedad que lo produce y vive como una presencia transcultural transcendente.

¹ Horacio, *Odas* 3,30.

BIBLIOGRAFÍA

M. GRANT: *Myths of the Greeks and Romans*, Weindenfeld and Nicolson 1966.

R. GRAVES: *The Greek Myths*, Penguin Books, dos vols.

M.B. MAGEE: *Ultimate Questions*, PUP 2016.

G. MURRAY: *Esquilo. El Creador de la Tragedia*, Espasa Calpe 1943.

J-P. VERNANT: *Myth et société en Grèce ancienne*, LD Fondation 1965.